



**E**sta es la historia de Valentina cuando tenía siete años, y que antes de decir algo o hablar con otros niños lo pensaba mucho, mucho y mucho. Era muy callada, Valentina. Pero el problema no era que se le hubiera comido la lengua el gato, sino que era tímida. Muy tímida.

— Valentina, la próxima semana te vas de campamentos —le recordó su madre.

— No quiero —protestó Valentina—. No conozco a nadie del recreo. Mamá, por favor, me quiero quedar en casa —le pidió.

Pero el curso escolar había terminado y no podía quedarse en casa. Sus padres estarían todo el día en el trabajo, y Valentina era demasiado pequeña para quedarse sola.

Cuando llegó el día de partir, Valentina se acurrucó en el fondo del armario de su habitación y cerró la puerta. Su madre, desde fuera, le explicó algo que nunca antes le había contado.

— ¿Quieres saber por qué te llamas Valentina?

— Cuéntamelo —respondió la niña, picada por la curiosidad.

— Te pusimos Valentina porque pensamos que viene de valiente —dijo la madre, sonriendo—, y naciste llorando con tanto ímpetu y carácter que nos dijimos: "esta niña por fuerza debe ser muy valiente". Y de ahí que te llames Valentina. ¿Qué te parece, Valentina, la valiente, no crees que sería divertido ir de campamentos?

Hubo un silencio corto. La niña abrió suavemente la puerta del armario. Desde dentro miró a su madre fijamente y, pensando que de verdad quería ser Valentina la valiente, dijo:

— ¿Pesa mucho la mochila?

Valentina se fue de campamentos poco convencida. Viviría, por primera vez, la experiencia de estar lejos de casa una semana entera. En el autocar, sentado en el asiento de al lado, Valentina tenía a Rull.

Rull tenía siete años y era la tercera vez que iba de campamentos. Rull no callaba ni debajo del agua, y a Valentina, que no pensaba abrir la boca durante todo el viaje, ya le iba bien ese niño tan charlatán. Mientras Rull hablaba, hablaba y hablaba, Valentina callaba, callaba y callaba, y era justo lo que le apetecía hacer. Hasta que, finalmente, Rull le hizo una pregunta:

— ¿Tú no hablas?

Valentina hizo como quien oye llover y no contestó.



— Mi madre dice que hacerse pasar por sordo es de muy mala educación; básicamente, porque es como faltar al respeto a los sordos que querrían poder oír y...

— ¿Ya sabes por qué te llamas Rull? —interrumpió Valentina para demostrar que de mal educada no tenía nada.

— No.

— Pues, creo que te llamas Rull porque es un nombre que viene de rulo. Como los rulos que se enrollan en el pelo, ¿sabes? Y quizás, el día que naciste no lloraste, sino que directamente te pusiste a hablar. Y desde entonces que te enrollas más que una persiana. ¿Qué opinas? ¿Verdad que podrías ser Rull, el rulo de persiana?

— Me parece que sí —respondió el niño después de pensar un poco, lo que le hizo estar en riguroso silencio la eternidad de cinco minutos.

Boquiabierto por lo lista que era Valentina, que acababa de descubrir que tenía un nombre muy enrollado, Rull pensó que nunca había conocido a una niña tan callada y original. Después, se dio cuenta de que le había gustado sentarse a su lado, en el autocar. Y, a continuación, decidió que sería su amigo.

**He aquí como Valentina, siendo ella misma, había hecho el primer amigo del campamento.**

La mochila pesaba muchísimo. Valentina la cargaba en la espalda, con esfuerzo. Todos los niños y niñas y los monitores caminaban por el bosque, espeso de árboles, hacia el lugar donde deberían construir el campamento. Hacía un día de verano caluroso, pero bajo los árboles se sentía un fresquito agradable.

Había quien se quejaba del peso de la mochila y del rato largo que hacía que caminaban. Pero Valentina no se atrevió a decir nada, e hizo todo el camino sin quejarse. **Empezaba a estar sorprendida de su fuerza de voluntad.** Y, poco a poco, le fueron entrando ganas de ser fuerte y de superarse.

En medio del bosque, en una extenso claro rodeado de árboles, los monitores reunieron el grupo. **Entre todos organizaron el trabajo de montar el campamento.** Cada uno eligió si quería participar en el montaje de la cocina, las letrinas, el comedor o el espacio para los juegos y para hacer el fuego de campo, en la noche.

Valentina eligió el comedor y fue la encargada de pensar como irían colocadas las mesas y las sillas. **En casa, nunca había decidido nada parecido.** También buscó un rincón para la escoba, el recogedor y el cubo de la basura. Cuando encontró un lugar donde guardar los manteles, los cubiertos y los vasos, fue a buscarlo todo.

Valentina, Bel y Txell pidieron a cada niño sus cubiertos y sus vasos de aluminio. Lo fueron cargando en un carrito, que cada vez pesaba más, para llevarlo a la zona del comedor.

**Las tres niñas, en un verdadero trabajo en equipo, ayudaban a empujar el carro con tanta fuerza como podían.** Pero, de repente, en un tramo que hacía bajada, se les escurrió de las manos, y la carretilla, cargada hasta arriba, empezó a caer pendiente abajo, sacudida por las piedras y los agujeros del camino.

Valentina, Bel y Txell se quedaron con la boca abierta y sin saber qué hacer cuando el carro fue de pedo al río y se hundió.

— ¿Y ahora qué hacemos? —dijo Txell, horrorizada.

— ¿Y si decimos que un cocodrilo nos ha atacado y se ha comido la carretilla con los cubiertos y los vasos y todo lo que ha encontrado a su paso? —propuso Bel, atemorizada.

— ¡Buena idea! ¡Un cocodrilo muy glotón podría haberlo hecho perfectamente! —añadió Txell, chasqueando con una risa nerviosa.

Valentina no abría la boca. Sólo pensaba, pensaba y pensaba tan rápido como su pequeño cerebro de sólo siete años de edad se lo permitía. Entonces, se dio cuenta de que Txell y Bel esperaban que dijera algo y, ciertamente, algo tuvo que decir:

— Memorizad el punto del agua donde ha caído el carrito. Ahora vuelvo.

Valentina se fue corriendo en busca de Rull. Durante el viaje en autocar, por suerte, había escuchado la parte de la conversación en la que Rull le había contado la aventura de la bomba sin estallar de la II Guerra Mundial. La había encontrado enterrada gracias a su D. I. C. T. E. M, Detector Imán para Cazar Trozos Enterrados de Metal, que su padre le había regalado.

Valentina se llevó a Rull en un lugar apartado del campamento para hablar los dos solos, y le dijo:

— Dime que, por casualidad, has traído tu D. I. C. T. E. M.

— Por casualidad, lo he traído.

— Ahora, dime que funciona bien bajo el agua.

— No funciona bajo el agua. Lo siento.

— Pues, tenemos un problema muy grave —dijo Valentina tapándose la cara con las manos y dejándose caer al suelo.



— Es mentira: ¡funciona perfectamente bajo el agua! —añadió Rull rompiéndose de risa ante la mirada afilada de Valentina.

— Lleva el D. I. C. T. E. M. a la bajada del río. ¡Ahora mismo! —le ordenó Valentina poniéndose en pie—. Te necesito. ¡No me falles!

Y mientras corría en dirección al río, no podía creerse su magnífica reacción ante el problema de la carretilla hundida. No se había dejado arrastrar por el pánico de la situación, sino que había pensado en una solución rápida y eficaz. **Había aprendido que gracias a la colaboración y la ayuda de los amigos, los problemas no eran tan grandes ni tan graves.**

Rull y su D. I. C. T. E. M. fueron pescando todos los cubiertos y los vasos que estaban en el fondo del río, que afortunadamente no era muy profundo. Valentina, Bel y Txell le iban diciendo los puntos donde el metal brillaba bajo el agua por efecto de los rayos de sol. Los monitores y el resto de niños ayudaron a secar y ordenar lo que iban recuperando.

Valentina había comenzado con muy buen pie la semana de campamentos. Y cuanto más a gusto se encontraba más deprisa le pasaban los días. **Las actividades de aventura se sucedían una tras otra, y era increíble disfrutarlas en plena naturaleza.** Valentina y Rull las hicieron siempre juntos. Se convirtieron en inseparables.

Juegos, deportes, historias que se contaban de noche al fuego, canciones bajo las estrellas. Todo pasaba de forma alegre y emocionante.

Valentina nunca hubiera imaginado unas vacaciones más extraordinarias. Poco a poco, se hizo amiga de todas las niñas y los niños. Pero sólo a su irrepetible Rull, rulo de persiana, le guardaba un rincón especial en su corazón. Gracias a su ayuda, había aportado una idea valiosa para solucionar un problema y había superado un poco la timidez. **De verdad que se había convertido en Valentina, la valiente.**

De vuelta a casa, al bajar del autocar, Valentina corrió a abrazar a sus padres: una semana entera no era poco tiempo lejos de casa.

— ¿Lo has pasado bien, Valentina? —le preguntaron sólo verla.

— Mamá, papá, han sido los mejores días de mi vida.

Y les volvió a abrazar. Y, entonces, por encima de los hombros de los padres vio a Rull que, de lejos, le lanzaba un beso con la mano. Y ella también le envió un beso, sabiendo que lo volvería a ver muy, muy pronto.

# Fin

# FAROS

*La guía de la salud y el bienestar para tus hijos*



**Los cuentos de la abuela** es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

**Sant Joan de Déu**   
HOSPITAL MATERNOINFANTIL - UNIVERSITAT DE BARCELONA